

UN *THRILLER* HISTÓRICO EN EL QUE DEBERÁS CONTENER  
LA RESPIRACIÓN PARA SEGUIR CON VIDA

LA  
MUERTE  
QUE  
RESPIRAS



LOLA P. NIEVA

m̄

LOLA P. NIEVA

La muerte que respiras

Martínez Roca

© 2020, Lola P. Nieva  
© 2020, Editorial Planeta, S. A.  
Escarabajo del interior: © Vladimir Zadvinskii / Shutterstock  
Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.mrediciones.com](http://www.mrediciones.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)  
Primera edición: abril de 2020  
ISBN: 978-84-270-4715-0  
Depósito legal: B. 6775-2020  
Preimpresión: Realización Planeta  
Impresión: Rodesa  
*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de **manera sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)  
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

# CAPÍTULO 1



## EL ELEGIDO

*1327 a. C., dinastía XVIII, reinado de Tutankamón*

Pasear por Tebas, la gran urbe cosmopolita que abrazaba ambas riberas del Nilo, solía resultar una experiencia enriquecedora.

Selkis, hija del gran general de los ejércitos del joven faraón Tutankamón, el poderoso Horemheb, se sabía segura deambulando por las polvorientas callejuelas de la ciudad. Conocedora del poder de su padre y de los ojos protectores que la acechaban, se permitía la osadía de visitar el barrio de los esclavos, sabiéndose a salvo de peligros.

Pese al soleado día y a que la trepidante actividad de mercados y plazas bullía con igual alborozo, en los rostros de sus vecinos advertía tan claro como las aguas de su amado Nilo que en la gente, daba igual la casta, la sombra del temor oscurecía sus tostados rostros.

A pesar de que el faraón había contenido a los hititas en la frontera norte del reino, y devuelto a los sacerdotes de Amón la influencia y el poder que habían tenido antes de la revolución a manos de Akenatón, restaurando los templos abandonados de Amón, Osiris y Ptah, parecía que la fortuna los hubiera abandonado. Como si renegar del culto a Atón les hubiera acarreado una especie de maldición. Las cosechas se habían malogrado, la pesca agotado y la enfermedad paseaba indolente por aquellas calles, segando tantas vidas que la alerta de plaga había movilizado a los médicos de la corte, en el estudio de aquel brote de fiebres letales.

Selkis observaba con preocupación las puertas cerradas de algunas chozas de adobe, marcadas con una línea roja, eviden-

ciendo el contagio, aunque más la angustiaba el sofocado llanto de niños tras ellas, toses y quejidos lastimosos.

Había ideado un ardid para sacar del palacio real la medicina y repartirla subrepticamente entre aquellas gentes.

Aquella arriesgada empresa la inquietaba. Un sudor perlaba su frente, y el *kalasiris*, su ligero vestido de lino blanco, se adhería a su acanelada piel acentuando sus sinuosas curvas. Decidió desprenderse de la capa corta que protegía sus hombros y su escote del implacable sol, a pesar de que las dos tenues tiras de níveo lino apenas cubrían sus senos, convirtiéndose así en el centro focal de lujuriosas miradas masculinas.

Se mordió el labio inferior ante la mirada reprobatoria del único hombre que en verdad le interesaba atraer.

Nun, hijo de cantero, se cruzó con ella y de inmediato bajó la mirada, no sin antes apreciar las turgentes curvas de sus pechos, entre arrobado y molesto.

Intentó esquivarla, pero ella se lo impidió. Aquel estrecho y solitario callejón agradablemente sombreado por las esterillas que unían una choza con otra le facilitó su meditada intención.

—Hola, Nun, precisamente a ti te buscaba.

Se sorprendió gratamente al comprobar que podía modular seductoramente su tono, confiriéndole el matiz provocador que pretendía, tal y como observaba en las complacientes sirvientas de la corte.

—Que los dioses guíen tus pasos, Selkis, aunque este arrabal no es sitio adecuado para la hija del poderoso Horemheb.

—¿Vas a reñirme de nuevo, mi buen Nun, cuando sabes de sobra que el objeto primordial de estos pasos es encontrar los tuyos?

Él alzó sus oscuros ojos, insondables como las aguas del Nilo en una noche sin luna, y tan penetrantes que su liviano *kalasiris* pareció evaporarse bajo el ardor de su mirada. Como siempre le pasaba cuando estaba junto a él, todo su cuerpo reaccionó ante su presencia, sus pezones se constriñeron anhelantes, su piel clamaba el solaz de sus caricias y sus labios temblaban suplicando un beso.

Paseó la lengua por ellos atrapando en ese gesto la candente atención del muchacho.

—Compruebo una vez más lo mucho que te place atormentarme.

Selkis negó con la cabeza, su bruna, larga y lacia melena se agitó en su vehemencia, y se aproximó a él con mirada tentadora.

—Te equivocas, Nun, eres tú el que se atormenta por voluntad.

El muchacho sacudió la cabeza exasperado, tomando aire lentamente, haciendo acopio de paciencia. En sus ojos brilló la contención.

—Te presentas aquí, medio desnuda, y te crees intocable por ser quien eres. Tientas a tu suerte y eso me enfurece. Oigo los comentarios de los hombres y tengo que morderme la lengua y enfriar mis puños para evitar más rumores de los que ya hay.

—¿Rumores? —inquirió alzando asombrada las cejas.

—¿Acaso crees que ignoran lo que buscas de mí? Tus ojos son tan claros y ardientes como el sol del desierto que nos rodea.

Selkis bajó la mirada abochornada, no obstante, esa veta de rebeldía que siempre la había dominado se impuso a su pudor cuando volvió a alzarla. En efecto, ardía ante la viril presencia del hombre que robaba sus sueños. Ahí, frente a ella, tan gallardo, hermoso y cautivador que cortaba el aliento, encendía cada fibra de su ser con la ardorosa necesidad de poseerlo. Resultaba toda una tentación para los sentidos despertando tan abrumador anhelo en ella, que había de colmarlo antes de que acabara con su juicio.

—¡Tómame, Nun, tan sólo una vez, y aplaca el fuego que me devora desde que te conocí! —gimió suplicante, rozándose contra su pecho, posando las palmas de sus manos en el suave y lampiño pecho del hombre.

El esclavo la tomó por las muñecas y la apartó de él. Maldijo para sus adentros la férrea voluntad del muchacho, a pesar de que su mirada gritaba la misma necesidad que la de ella.

—¿Y caer en desgracia por permitirme tocar las estrellas una noche? —replicó en tono estirado y contenido—. Si sólo yo cayera, habrías sido mía al primer pestañeo de esos mágicos ojos tuyos, pero toda mi familia perdería el favor del faraón, atrayendo sobre ella la ira de tu padre.

—Si somos cuidadosos —comenzó sugerente y esperanzada—, nadie tiene por qué saberlo.

Nun negó con la cabeza con mirada turbia y sufriente pero rictus decidido.

—Estás vetada para mí, Selkis, y nadie lo lamenta más que yo —confesó con hondo abatimiento—. Así pues, retorna tus pasos a palacio, te acompañaré hasta los *dromos* que flanquean el templo de Osiris.

La tomó del brazo con cierta hosquedad y, sin admitir ni una réplica más, la condujo apresuradamente fuera de los arrabales, entre estrechas callejuelas umbrías donde muros de adobe rojo conferían cierto frescor al sofocante calor de un mediodía abrasador.

Masticó compungida su derrota, al tiempo que maceraba obcecada la manera de gozar del favor de Osiris, a través de una ofrenda.

Sea como fuere, su visión debía cumplirse, en ella, Nun depositaba su semilla en su vientre, del que nacería un niño que sería uno de los más poderosos faraones de Egipto; que, además, Nun fuera tan deseable no hacía más que empujarla a su destino.

Llegaron en silencio a la avenida sitiada por imponentes imágenes vivientes, en la que altas y orgullosas palmeras agitaban sus hojas perezosamente, intercaladas entre los impasibles y adustos rostros de leones con cabeza humana. Más allá, el alto pilono de piedra caliza que precedía a la colorida entrada adornada con bellísimos jeroglíficos dejaba divisar los majestuosos portalones del templo, tan altos como las palmeras que adornaban su entrada. Bruñidos en baño de oro y repujados con escenas del dios, refulgían ante ellos, como si manara del templo un halo dorado de la divinidad que encerraba.

A la derecha se abría la avenida con estanques y obeliscos que conducía al palacio real, y que a esa tórrida hora del día estaba sabiamente desierta.

Nun se detuvo, y con mirada severa tomó a Selkis por los hombros.

—Jamás yaceré contigo —aseveró ceñudo—. Y por el ultrajeado Atón, padre de todos los dioses, te advierto que, si osas regresar a los arrabales, marcharé a Menfis con toda mi familia y nunca más volverás a verme.



—Si no regreso, tampoco te veré —puntualizó compungida.  
—Ése es el destino que debemos respetar —concretó Nun apesadumbrado.

—No, nuestro destino es otro —insistió Selkis con lágrimas contenidas y mueca dolida—. Pero no sé cómo convencerte, mi buen Nun, pues tuve una revelación en un sueño que me persigue sin cesar cada noche. Hemos de gestar a un niño que será relevante en la historia de nuestro reino.

Nun la observó con un deje desilusionado y resopló con cierto hastío negando con la cabeza.

—Por eso me persigues... —rezongó decepcionado, con una mueca desdeñosa y ofendida en su faz—. Por un sueño.

Selkis se apresuró a negar con la cabeza, dio un paso hacia él, para comprobar desesperada cómo retrocedía mientras la fulminaba con la mirada.

—Bien —agregó el esclavo—, ya que no eres víctima del amor, ni parece que de la lujuria, te será más fácil olvidar tus desmanes y repetirte que los sueños sueños son.

—Te amo y te deseo, Nun —se precipitó a replicar alzando la voz, frustrada e impaciente—. Ese sueño me llevó hasta ti, mirarte a los ojos hizo el resto.

El muchacho negó dolido, su apuesto rostro se empañó con un oscuro velo de tristeza. Retrocedió de nuevo, lentamente, pero sin darle la espalda aún.

—No regreses, Selkis, no serás bienvenida. Mis ojos, mi boca y mi cuerpo se cierran a ti a partir de este instante.

Y dándose media vuelta con furiosa vehemencia, se marchó a la carrera, alejándose de su vista, de su vida y de su destino.

Selkis apretó determinante los puños y caminó a buen paso hacia el templo.

Al traspasar el macizo pilono de piedra, se refregó el rostro burdamente con los puños, intentando borrar las lágrimas que quemaban sus ojos, emborronando en ese gesto el *mesdemet* con que los maquillaba.

Se adentró en la agradecida penumbra del templo de Osiris, acostumbrando sus ojos a la escasa luz que ornamentadas lucernas derramaban sobre el pétreo pavimento en dorados cercos. Sintió el agradable frescor de la piedra, el fragante incienso de



los quemadores y los cánticos sofocados de los sacerdotes que guardaban en ese momento la estatua del dios.

Caminó reverencial por la sala hipóstila, sintiéndose apenas una hormiga entre el bosque de grandes columnas adinteladas de techumbre plana, rumbo al altar central, al *naos*. Sobre él, Osiris, de piel verde y semblante regio, con su corona *atef*, el cayado *heka*, el látigo *nejej* y el cetro *uas*, pareció fijar sus ojos en ella. A su lado, el pilar *dyed*, una columna conformada con gavillas de grano atadas y policromadas, representaba la estabilidad de Osiris. Selkis inclinó la cabeza con solemnidad, arrodillándose a continuación frente a la imagen del dios. Extendió los brazos hacia Osiris y pronunció en apenas un hilo de voz su ruego, entregando como ofrenda su servidumbre mortal e inmortal.

Se incorporó y, tras una inclinación respetuosa de la cabeza, se dispuso a abandonar el templo, cuando de soslayo atisbó a un anciano que meditaba en una esquina del templo. Se trataba del oráculo. Sus pasos la llevaron inevitablemente hacia él.

—Necesito respuestas a un sueño que me persigue —comenzó sin ocultar su turbación.

El anciano, de ajada y tostada piel, cráneo rasurado, nariz aguileña y mirada vacua, asintió quedamente. Alargó los brazos y extendió las palmas de sus manos hacia ella. Selkis las tomó y fijó la vista en el ojo de Horus que el anciano llevaba pintado sobre su fruncida frente.

Tras un largo y silencioso instante, el oráculo asintió con firmeza, sus labios se estiraron en un mohín curioso y preocupado.

—Has sido elegida por Amón-Ra, señor del trono de las Dos Tierras, para un importante cometido —confirmó con voz rasgada—: salvar la vida de tu faraón; en caso contrario, caerás presa de una maldición.

Selkis frunció el cejo contrariada y confusa, agitando la cabeza en claro desacuerdo.

—Ése no es mi sueño —manifestó altanera—. El todopoderoso Tutankamón es velado por su escolta, cuidado por su esposa y su corte de médicos, y protegido por sus ejércitos. ¿Cómo podría yo, una simple súbdita, salvar su vida, que además no corre peligro alguno?

—Sólo te digo lo que veo, muchacha. De uno de tus actos penderá la vida de tu faraón y el destino de Egipto.

—Pero... pero... ¿y mi sueño? —inquirió confusa—. ¿Y el hombre que amo?

El anciano negó rotundo con la cabeza y bufó exasperado.

—Tus deseos, muchacha, palidecen ante la magnitud de tu destino. Marcha, estate atenta a las señales que sin duda se te mostrarán y obra con juicio, es mucho lo que está en juego.

Selkis no replicó, asintió agradecida y arrastró sus pasos fuera del templo, con una pesada nube de oscura incertidumbre y desconcertado malestar pendiendo sobre ella.

Meditabunda e irritada, caminó hasta el palacio, donde su padre pasaba la mayor parte del tiempo junto al consejero real, el *chaty* Ay. Juntos gestionaban el imperio, haciéndole creer al joven Tutankamón que era él quien lo gobernaba, cuando en verdad sólo era informado debidamente de hechos ya decididos y acontecidos por ellos.

En realidad, Tutankamón lo prefería, nada deseaba más para su pueblo que la paz y la estabilidad. Ya tuvo que luchar contra los hititas y devolver el poder a los sacerdotes de Amón para conseguirlo. Ahora sólo gozaba del amor a su esposa, la dulce Anjesenamón, y de una plácida vida sin complicaciones; ambos habían perdido dos hijas prematuras, como si el renegado Atón los hubiera maldecido, y sólo se tenían el uno al otro. Tutankamón amaba profundamente a su esposa, ella era el centro de su vida y en ella se apoyaba diariamente. Pues, a pesar de su juventud, su cuerpo era anciano, caminaba con bastones, aquejado de una terrible dolencia ósea que lo que recluía en sus aposentos: rara vez salía de palacio.

Selkis pasó la tarde deambulando sin rumbo, dándole forma a la idea que emergía de su cabeza. Una medida desesperada pero necesaria, pensó mordiéndose el labio inferior nerviosa. La hermana pequeña de Nun, Acenath, estaba enferma de fiebres, como tantos otros niños de los arrabales. Ella les llevaría el remedio, que disolvería en una tinaja de agua y les daría a beber a los enfermos, pero sólo a los niños. Quizá de esa manera, Nun suavizaría su actitud con ella, y aunque no resultara, la decisión de intentar salvar a esos pobres niños llevaba tiempo palpitando en ella.

Los médicos de la corte habían hallado hacía tiempo el remedio, fermentando hongos y extrayendo su jugo, logrando obtener un filtro efectivo para detener las fiebres y salvar al enfermo. No era la primera plaga que asolaba el imperio, curiosamente, sólo lo sufrían las metrópolis cercanas a los ríos.

Se recostó en un diván, en una de las terrazas que daban a la avenida, desde la que se contemplaban las mejores vistas de Tebas sucumbiendo a un majestuoso ocaso. La música de flautines y liras la envolvió, una brisa suave se filtró entre las columnatas agitando las gasas escarlatas que las vestían, adormeciéndola con su caricia. Suspiró, cerró los ojos y se durmió plácidamente, aguardando la noche.

Cuando despertó, la oscuridad engalanaba la ciudad con un manto azul intenso, desvaído ante el halo luminoso que despedían las ventanas de las casas y las altas lucernas de las avenidas. Antorchas imponentes parpadeaban en un juego de luces y sombras sobre los policromados muros de la ciudad. La belleza del paraje resultaba un bálsamo para el espíritu y un goce para los sentidos.

Selkis se frotó el rostro para despejarse y se puso en pie. No tenía tiempo que perder. Correteó subrepticamente por los anchos pasillos del palacio, escondiéndose tras alguna columna, cuando el eco de unos pasos llegaba hasta ella. Con el corazón desbocado y la respiración agitada, fue avanzando hasta la cámara donde los *sunu* trabajaban en el estudio de enfermedades. Por fortuna, las innumerables vasijas que saturaban los anaquelos estaban etiquetadas. No le fue difícil encontrar el remedio para las fiebres, pues estaba todavía en la mesa central, rodeado de alambiques, morteros y potes.

Cogió el pote del remedio, lo envolvió en un paño y salió rauda y sigilosa.

Descorrió sus pasos hasta la entrada principal, donde tomó una tinaja, la llenó de agua de una de las grandes fuentes rectangulares y vertió todo el contenido de la pequeña vasija. Se desprendió del cordón que ceñía la cintura de su *kalasiris* y, no sin dificultad, se ató prolijamente la jarra a la espalda.

Tomó una gran bocanada de aire y salió ocultamente, apresurando el paso y oteando temerosa tras ella.

Llegó a los arrabales fatigada y más inquieta aún que en palacio. Algo la turbaba, como si un mal auspicio comenzara a enredarla en un halo de creciente malestar que incluso aquejaba su estómago con náuseas y agriaba su gaznate.

Recorrió las desérticas y oscuras callejuelas con un nudo en la garganta y preocupada por la reacción de Nun ante aquella temeridad. Se detuvo ante su destartalada puerta y llamó suavemente con los nudillos, conteniendo el aliento. Aquella era sin duda su última oportunidad.

La puerta se abrió, el titilante resplandor de un candil de aceite iluminó el adormecido rostro de Nun. Cuando enfocó su mirada y la reconoció, su faz se contorsionó en un amasijo de emociones entre las que predominaron el asombro y la furia.

—¡Por todos los dioses, has perdido el juicio!

En ese momento, el firme paso del guardia que hacía la ronda esa noche precipitó el brazo de Nun hacia ella, impulsándola dentro de la choza.

En el interior, los padres de Nun y su hermana pequeña aún dormían arrebujados en sus camastros, aunque en ese instante se removieron inquietos, cambiando su posición. Nun chitó y la llevó a un rincón aparte.

—Traigo una cura para Acenath y para todos los niños enfermos del arrabal. Se la sustraje al *sunu*, el médico real, nadie hay enfermo en palacio y ellos pueden hacer más —comenzó Selkis, desprendiéndose de la vasija de metal que llevaba en la espalda y entregándosela a un desconcertado Nun—. No me parece de justicia que habiendo un remedio para evitar muertes no se utilice.

Él la miró boquiabierto, aturdido y airado. Sus negros ojos se entrecerraron coléricos y su rictus se crispó tensando sus facciones.

—Debes de haber enloquecido, sin duda, pues no hallo sensatez en tus actos —reprendió contenido—. ¿Acaso has pensado cuál será tu castigo cuando se enteren de que robaste la medicina del faraón? Ve y devuélvela de inmediato.

—No —respondió con obcecación—. Si me he expuesto es para ayudar a los que en verdad la necesitan, tu hermana entre ellos. ¿No quieres salvarle la vida a la pequeña Acenath?

Nun la miró con recelo y pesadumbre, agitó la cabeza, su rostro se oscureció pesaroso.

—Y dime, Selkis, ¿cómo pretendes que pague este gran favor que nos haces? Porque si es con lo que ahora mismo se me viene a la mente, sólo te pagaría con el más absoluto desprecio.

Selkis bajó la mirada herida, las lágrimas se acumulaban en sus ojos y el dolor en su corazón. En efecto, resultaría ignominioso si en su corazón no se alzara, por encima de ese fin, el deseo de salvar las vidas de aquellos pequeños. La acusadora y decepcionada expresión de Nun evaporó cualquier brizna de esperanza en el cumplimiento de su sueño. Y con honda derrota, pesarosa y compungida, aceptó para sí que seguir insistiendo no sólo le arrebataría la poca dignidad que ya le quedaba, sino que conseguiría el efecto contrario.

Negó con la cabeza y suspiró abatida, sus grandes ojos se nublaron en ardoroso llanto y dirigió la mirada a Acenath, que dormitaba entre temblores.

—No requiero pago alguno, Nun —musitó queda—. Ofrece la medicina a tu hermana y olvida que me conociste. Prometo no regresar a los arrabales ni incordiarte con mi presencia. Llevas razón en cuanto dices: sólo atraería desgracias sobre vosotros, ningún futuro faraón de Egipto merece tanto sufrimiento.

Nun arqueó las cejas con asombro, frunció el ceño, depositó el cántaro en el suelo y la tomó por los hombros.

—¡Por Atón, Selkis! ¿Cómo un hijo de esclavo podría gobernar Egipto? ¡No hay sentido alguno en tu visión, es un disparate!

Ella lo empujó airada y dio un paso atrás, fulminándolo con mirada enojada.

—¡Da igual ya, porque no se cumplirá! ¡Nunca lo sabremos! Te mofas de mis sueños, me desprecias y te librarás de mí en cuanto salga por esa puerta, tú ganas. Concédeme al menos no hacerme sentir peor de lo que ya me siento.

El resplandor marfileño de una luna plena reveló un rictus arrepentido, pincelando el masculino rostro de Nun.

—Yo... lo lamento más de lo que crees.

—Toma una taza y dale de beber el remedio, he de darme prisa —pidió cerrando sus oídos y sus sentidos al muchacho.

Asintió apesadumbrado, la tristeza inundaba su mirada. Co-

gió una taza y la llenó hasta el borde con el contenido de la jarra. Medio incorporó a su hermana y poco a poco logró que la fuera bebiendo. La pequeña sudaba y apenas conseguía entreabrir los ojos. Ardía en fiebre.

Selkis volvió a manipular la jarra cuidadosamente para sujetarla a su espalda. Nun se aprestó a ayudarla y, desde atrás, le fue pasando el cordel rodeando el recipiente. Sentir sus dedos rozar su cuerpo era el último suplicio que se llevaría como recuerdo. Cuando estuvo preparada, se dirigió a la puerta, ansiosa por atravesarla y aligerar el nudo de dolor que oprimía su pecho. Ya salía a la calle cuando una mano aferró su muñeca desde atrás.

Se volvió hacia Nun contrariada y desconcertada, pero se dejó arrastrar de nuevo al interior de la choza.

—Se me ha ocurrido que no tienes por qué arriesgarte más —comenzó en un susurro—. Deja aquí la jarra, que yo la repararé esta noche por las casas marcadas. —Sus ojos emitieron un brillo extraño cuando se posaron sobre sus labios, parecía contenido y tan frustrado como ella—. Regresa a palacio, no te arriesgues más.

Selkis, incapaz de hablar, obnubilada por el anhelo que emanaba de él, se dejó desprender las ataduras para liberar la jarra, que regresó a un rincón en el suelo.

—Que los dioses te provean de fortuna y te otorguen una vida plena y dichosa —murmuró como despedida, escapando nuevamente hacia la puerta.

Cada instante a su lado era un puñal que horadaba su pecho.

—Selkis —pronunció Nun con voz rota, aferrando esta vez su antebrazo.

Cuando se abrazó a ella por detrás y la estrechó contra su pecho, su corazón se detuvo.

—Dejarte marchar es lo más duro que haré en toda mi vida, que ni será plena ni dichosa, porque en ella no estará nunca la mujer que amo.

Ella cerró los ojos, un reguero de lágrimas recorrió sus mejillas. Un débil y estrangulado sollozo escapó de sus labios.

—¿Tienes idea de las veces que he imaginado tenerte entre mis brazos, besarte y hacerte mía? Infinitas, Selkis, infinitas.

—¿Por qué me torturas, Nun? Tomaste una decisión, no desgarras más mi corazón.

El muchacho la hizo girar entre sus brazos, cogiendo su rostro entre las manos.

—Tortura fue tenerte cerca, tentarme con tu belleza y luchar conmigo mismo. Quiero... quiero que comprendas que mi corazón es tuyo y que me lo arranco para que ni tú ni mi familia paguéis por mi falta de voluntad.

Se sostuvieron largamente la mirada, nunca habían estado tan cerca, y los cuerpos de ambos reaccionaron con virulenta lascivia. Selkis percibió la dureza de Nun, que apenas llevaba un calzón de lino como única vestimenta, contra su vientre. Sus enhiestos pezones se oprimieron contra el musculado y lampiño torso del esclavo.

Cuando él la tomó por la cintura y la ciñó a su cuerpo, un gemido ardoroso escapó de ella. Nun clavó su turbia mirada en su entreabierta y suplicante boca y, preso de un irreprimible impulso, se abalanzó sobre ella, liberando cuanto había reprimido desde que la conoció.

Una pasión hambrienta los devoró, sus lenguas se frotaron ávidas, sus manos sedientas de piel buscaron consuelo con fervoroso afán, sus cuerpos se frotaron anhelantes y desesperados. Envueltos en una candente nube de lujuria, se arrinconaron contra el penumbroso rincón, jadeantes y enloquecidos.

—Selkis, me arrebatas la cordura, no puedo más... Tu sueño y el mío radican en el mismo principio, el de fundirnos. En el tuyo engendras un hijo; en el mío, lo criamos juntos.

Apenas se separó para clavar en ella una mirada enamorada.

Deshizo la tira de lino de su calzón con toscos apremios y de un profundo empellón se hundió en ella, aguardando un instante a que su carne se amoldara a la intrusión.

Al cabo, comenzó a moverse, lentamente, haciendo alarde de una contención inusitada. No supo discernir si los gemidos sofocados de la joven eran producto del placer o del dolor ante el derrumbe de su virginidad. Hubiera deseado prodigarse en un cortejo pausado, pleno de delicadeza y habilidad, prepararla debidamente para la cópula. No obstante, aquel encuentro abrupto



to, impulsivo y subrepticio era una liberación, una rendición y al tiempo una despedida.

Nun se obligó a salir de ella, la bajó de sus caderas y tomó con extrema dulzura el hermoso rostro de la mujer en sus ahuecadas palmas.

—Vete ya de mi lado, porque de mi corazón jamás saldrás.

Tras un último y emotivo beso, Selkis abandonó la choza embargada en llanto, corriendo entre las callejuelas penumbrosas, cobijada por aquella grandiosa luna y por su dolor.

\* \* \*

A la mañana siguiente, en el palacio se respiraba un aire desconcertantemente tenso que la preocupó sobremanera. Percibió una desacostumbrada y agitada premura en los ademanes de sirvientes y esclavos, y una letanía de murmullos soterrados e inquietos que flotaban en el ambiente conformando una melodía sobrecogedora.

Algo grave estaba ocurriendo.

Captó uno de aquellos susurros que iban y venían de boca de una de las esclavas y palideció en el acto: Tutankamón había contraído las fiebres.

Encontró a su padre en la antesala a las estancias privadas del faraón, conversando con el *sunu* real, el médico de más estatus, que en ese preciso instante, ofuscado y abrumado, agitaba las manos con evidente incompreensión.

—¿Y el remedio? —bramaba Horemheb encarándose al asombrado médico.

—No está, ha desaparecido. Alguien debe de haberlo robado.

—¡Maldición! —rugió su padre, paseando furioso de un lado a otro de la sala—. Juro por Amón que encontraré al culpable y pagará con su vida este atrevimiento.

Selkis se estremeció, su pulso se aceleró y su vientre se agitó preso de un malestar opresivo.

—Mientras busco al culpable, debes confeccionar un nuevo filtro sin pérdida de tiempo. Tutankamón empeora por momentos.

El *sunu* tragó saliva y se toqueteó nervioso su alopécica cabeza.

—Tardaríamos demasiado —replicó angustiado—, no es un remedio fácil de conseguir.

Entonces, las puertas abatibles de la alcoba real se abrieron para dejar salir de ella a la menuda y frágil figura de la esposa de Tutankamón.

Anjesenamón avanzó hacia el *sunu* con la ansiedad desdibujando sus facciones.

Por sus mejillas rodaban gruesas lágrimas que no lograban arrancar el tormento que manaba de su mirada.

—Está peor —informó en tono desgarrado—, tenéis que hacer algo, os lo ruego. Si él muere..., caerá la desgracia sobre todos nosotros.

—¿Ha empeorado? —se lamentó el *sunu* real.

—¡Está agonizando! —explicó Anjesenamón alterada y sollozante.

El médico asintió circunspecto y la miró con gravedad.

Abrió la boca para decir algo, pero al reparar en Horemheb volvió a cerrarla y se frotó las manos en gesto nervioso. Inspiró largamente y negó con la cabeza.

—Haré cuanto pueda, pero los *heka* deberían comenzar con sus ritos mágicos.

La reina ahogó una exclamación, se llevó la mano a la boca, su rictus se contrajo en una mueca desolada y angustiada. Finalmente asintió y dio la orden.

Selkis sintió la afilada culpa hundiéndose en su pecho, laceándola con pesados remordimientos que la sepultaron implacables, pero nada podía hacer ya más que aceptar el destino que ella misma había forjado.

Los esclavos corretearon prestos a cumplir su encargo. Horemheb, con un gesto ofuscado, la conminó a seguirlo y ambos abandonaron las dependencias reales.

Se toparon con Ay, que ya impartía órdenes a la guardia para buscar al ladrón del remedio. Selkis sintió cómo su pecho se agitaba y su vientre se encogía, gestándose en ella la duda de si confesar su felonía.

—Tutankamón no puede morir ahora que vuelven a sublevarse los hititas —comenzó el gran general Horemheb—. Si descubren que Egipto queda sin faraón, crecerán sus ánimos, y si

además tenemos en cuenta que la mitad de nuestro ejército ha sucumbido a la plaga, nos hallaremos en una situación muy delicada.

Ay frunció el ceño. El gran consejero real se desprendió del *nemes*, el lienzo de rayas que siempre llevaba de tocado, y se rasó su pelo corto ensortijado con enojo y desazón.

—*Delicada* sería suavizarla; *trágica* sería más adecuada —arguyó con voz estirada—. Y sólo se me ocurre una cosa. Si lamentablemente fallece el faraón, hemos de mantenerlo en secreto hasta que reduzcamos a los enemigos. En cuanto al maldito ladrón, hay que encontrarlo y ejecutarlo. Ya he mandado a la guardia para que investigue los hechos, tendremos un culpable antes de que acabe el día, te lo aseguro, amigo mío.

Ambos se aferraron al antebrazo del otro y asintieron quedos.

—Ya he avisado a los sacerdotes del templo de Amón para que pidan por la vida del faraón —murmuró Ay.

—Selkis, ve al templo y reza —ordenó Horemheb—. En nada puedes ayudar aquí.

La muchacha se mordió el labio inferior y asintió cabizbaja, desdoblada por una angustiada incertidumbre. Si se confesaba culpable, no sólo atraería la ira de su padre sobre ella, sino que quizá siguieran sus pasos hasta Nun. En cambio, si permanecía en silencio, otro desdichado pagaría su culpa.

—¡Padre, necesito hablarte!

Horemheb entrecerró suspicaz la mirada y, con gesto reprobadador, se acercó a ella.

—Ahora no es momento, Selkis, bien lo sabes.

—Pero es urgente, padre.

—¿Más que el destino de Egipto?

Bajó la cabeza, las lágrimas anegaban sus ojos y la culpa, su corazón. De nuevo, vaciló indecisa, hundió los hombros y resolvió cogitabunda.

—Está relacionado con él —afirmó contrita.

Se frotó las palmas de las manos nerviosa y tragó saliva con dificultad.

Horemheb la escrutó con agudo recelo, frunció sus labios ante lo que vislumbró en la faz de su hija y asintió grave. La tomó del brazo y la arrastró a la relativa privacidad de un rincón.

—Habla, Selkis, no tengo tiempo que perder —susurró quedo.

—Fui yo quien robó el remedio y lo entregó a los niños esclavos que lo necesitaban.

Temerosa, observó cómo se obraba el cambio en la expresión del gran general ante aquella revelación. Sus ojos se abrieron asombrados, la furia los inyectó en sangre, se demudó y sus puños se crisparon. Todo su cuerpo se tensó al borde del colapso, y, tras aquel abrupto manto de cólera que lo sepultaba en su yugo, llegó un pavor que palideció su moreno rostro y constriñó su pecho en una respiración entrecortada.

—¡Por los dioses, Selkis, dime que no hablas en serio! —siseó entre dientes.

En su velado llanto, Horemheb comprendió que era la verdad lo que había manifestado su hija. Sintió cómo apuñalaban su corazón con una daga envenenada. Miró furtivamente a su alrededor y en especial a Ay, que dirigía fugaces e intrigados vistazos hacia ellos, y se obligó a mantener el aplomo necesario para no dar rienda suelta a la desazonada ira que lo dominaba.

—¡Nadie, escúchame bien, nadie debe saber esto! —advirtió rotundo en un estirado susurro—. Yo intentaré olvidar estas palabras que ahora horadan mi pecho. Pero has de prometerme que nunca más saldrán de tu boca. Si Tutankamón muere, alguien tendrá que morir con él, y será el hombre que traigan a palacio como culpable. No voy a pedirte explicaciones, porque jamás las entendería. Has caído ante mis ojos, Selkis, no sólo has puesto en riesgo al imperio, a tu faraón y a ti misma, sino que posiblemente hayas condenado tu inmortalidad. Los dioses no perdonarán esto tan fácilmente y, para ser franco, creo que yo tampoco.

Tras una dolida mirada, que se grabó a fuego en su alma, Horemheb se apartó abrumado, sin poder ocultar la honda decepción y el incipiente desprecio que nublaban su semblante.

Selkis se abrazó trémula a sí misma y corrió a su cámara envuelta en tan amargo llanto que cada lágrima era veneno que corroía su piel y emponzoñaba su alma de culpa y remordimientos. Alguien moriría por su causa, sin duda merecía el desprecio de su padre y de sus dioses.

\* \* \*

La despertó un desgarrado grito que erizó su piel, incorporándola bruscamente del lecho.

Se vistió a toda prisa y salió de sus aposentos con el corazón galopando atrozmente en su pecho.

Se topó con una de las sirvientas de Anjesenamón, que caminaba cabizbaja y apenada.

—¿Qué está ocurriendo? —inquirió Selkis alterada.

—Nuestro faraón ha muerto —contestó abatida—. La desgracia se cernirá sobre nuestro pueblo. La dolida Anjesenamón ha maldecido al que robó el remedio y piensa sellar su tumba con esa maldición, desde dentro. Acompañará a su amado esposo y hermanastro al más allá, no lo dejará solo en la oscuridad, lo guiará hacia los dioses llevado por su mano. Ya están acumulando sus más preciados bienes en la cámara del tesoro de la tumba real para que los acompañen en su último viaje.

Selkis ahogó un sollozo que reverberó en su interior como una onda dolorosa que se fue extendiendo por todo su cuerpo.

—Al menos, encontraron al culpable —prosiguió la esclava—. Ojalá pague con el mayor de los tormentos todo el daño que ha causado.

Un aleteo angustioso nació en su vientre, imprimiendo en ella una desazón tan aguda que sintió náuseas.

—¿Dónde tienen al culpable?

—En el patio trasero, a la intemperie, atado a un poste, mientras se decide su condena.

—¿Ha... ha admitido su culpa?

—Sí, ha confesado que fue él quien se coló en palacio y robó la medicina.

Aquello atenazó el pecho de Selkis en un nudo que casi la privó de respirar.

Dejó a la muchacha y corrió por los pasillos hacia el gran patio trasero. Cuando descendió la escalinata, sus pasos se frenaron en seco.

Un sol abrasador azotaba las piedras del pavimento y al desdichado que habían atado a un poste y que apenas se sostenía en pie. Sus pies resbalaban continuamente en un denso charco de sangre que se extendía bajo él. Había sido azotado concienzudamente; su espalda, abierta en sanguinolentas brechas, rezumaba

regueros escarlatas que, sinuosos, se deslizaban por sus piernas. Estaba completamente desnudo y apenas se sostenía en pie.

Cuando giró la cabeza y la alzó al implacable sol, Selkis se sintió morir. A pesar de que su hermoso rostro se hallaba desfigurado por los golpes, fue fácil reconocerlo.

No logró estrangular el alarido aterrado y rabioso que nació del centro mismo de su ser y cayó de rodillas al pie de la escalinata, sobrecogida y desgarrada por la magnitud de sus actos.

—Que no os aflija ver a un hombre en semejante estado —la consoló uno de los guardias—, merece todas las penurias de este mundo.

Selkis rechazó la mano del soldado y se puso en pie tambaleante.

—¡¡No fue él!!! —gritó desahogada—. ¡¡¡Fui yo, yo debo estar en ese poste!!!

Los hombres se miraron confundidos, negaron con la cabeza y la observaron como si hubiera perdido el juicio.

—Será mejor que regreséis a vuestra cámara —aconsejó el hombre—. El espectáculo no ha hecho más que empezar.

—¿Puedo... puedo ofrecerle agua al menos? —logró barbotear—. O morirá antes de que acabéis de castigarlo.

El hombre alzó con asombro las cejas para fruncirlas a continuación. Al cabo, asintió.

—Si eso os hace sentir mejor, adelante.

Selkis apretó los dientes, ahogó un profundo sollozo, tomó la jarra de agua que descansaba en la parte umbrosa del patio y se dirigió hacia Nun con el corazón tan hecho trizas como la espalda del muchacho.

Cuando llegó hasta él y vio con horror la dureza del castigo en su rostro, se sintió desfallecer.

—Nun... ¿Por qué...? —sollozó rota.

El muchacho tenía la frente pegada al poste, parpadeó confuso hasta que logró enfocar el único ojo que pudo abrir sobre ella. Sus labios, partidos en varios puntos, se estiraron lastimosamente en una trémula sonrisa.

—Los dioses... me escucharon —murmuró con voz quebrada—. Pedí... pedí verte por última vez.

—No voy a permitir que sigan haciéndote daño —replicó Sel-

kis embargada en llanto—. Tú no fuiste culpable de nada, tú... tú sólo fuiste una víctima, mi víctima.

Nun negó con la cabeza, su sufrida mirada la taladró admonitoria y grave.

—¡No! —exclamó con firmeza—. Tú... tú tienes que vivir, llevas... mi semilla en tu vientre, y... ahora sé que tu visión se cumplirá. Ya... ya cumplí mi destino, y a pesar de su final, lo considero un destino dulce, pues me llevo el corazón de la mujer que amo y dejo el mío con ella.

—Nun, no podré vivir sabiendo que fui yo quien te mató —gimió ella, sintiendo cómo su corazón se resquebrajaba con cada palabra, con el peso del destino que ya los había aplastado sin conmiseración.

—Selkis, lo harás por ese ser que nacerá de ti y al que habrás de amar también por mí. Si he de morir para que él nazca..., y para que tú vivas, nadie tendrá jamás mejor razón para abandonar este mundo.

Se sostuvieron la mirada un largo instante, sollozando en silencio, liberando cuanto sentían y asumiendo que aquel encuentro sería la más amarga de las despedidas.

Selkis acercó sus labios lentamente, depositando un suave y afectado beso en la boca de Nun, que gimió emocionado. El sabor de la sangre no impidió que paladeara también la dulzura de su boca, y con extremo mimo acarició su magullado rostro, derramando en cada gesto todo el amor que la embargaba.

—Espérame en la otra vida, en el *Duat*, Nun, allí nos reuniremos de nuevo y que Osiris nos juzgue, poniendo nuestros corazones en la balanza, pues estoy segura de que pesan más que la pluma de Maat y que el *Ib* nos asista —masculló derrotada.

—Sé que mi camino es el más fácil —susurró Nun—, ya que tú quedas aquí presa del sufrimiento y la pérdida... Sin embargo, no permitas que los remordimientos te envenenen, Selkis, pues no olvides nunca que nuestro destino lo decidieron los dioses.

Su voz rasposa se apagó en un acceso de tos violenta. Volvió la cabeza al tiempo que escupía una abrupta bocanada de sangre.

Selkis tomó su cabeza entre las manos, inclinó la jarra sobre



su boca y le dio de beber, derramando el sobrante sobre su cabeza.

Unos pasos apremiantes y firmes tensaron a la joven. Los guardias se acercaron a ellos. Se abrazó a Nun sollozante y rota, revolviéndose furibunda contra los hombres que tiraban de ella.

—Nooooooooo... —aulló mientras la alejaban del maltrecho cuerpo de Nun.